

Comprendiendo cuál es nuestra identidad

Por Jairo Muñoz

Analizando Marcos 9:50 podemos ver que el Señor Jesucristo estaba abordando para sus primeros misioneros el asunto de la identidad. Cristo quería que sus discípulos tuvieran una identidad bien definida, y para esto usó como ejemplo la sal. Observando el texto bíblico, mostraremos que esa identidad contiene dos aspectos:

Tenemos una Única Identidad de Preservación.

El texto dice «buena es la sal». Para que cumplamos nuestro papel en la tierra, debemos tener la identidad de bondad que sólo Dios puede dar a sus hijos. La palabra original en el texto griego para sal es *halas* que se refiere a cada pequeño grano de sal como un todo. Aquí resaltamos la importancia de ser de buena calidad, individualmente y a la vez en acción con todos y cada uno de sus «granitos de sal».

La sal tiene todo un proceso de purificación, años atrás mucha gente sufría de bocio, un aumento de la glándula tiroidea visible por un abultamiento en el cuello. Se descubrió que este problema de salud podía evitarse exigiendo que a toda sal que se consumiera le fuera añadido yodo, garantizando así que la sal sería buena para sazonar la comida y para la salud. Debemos ser buena sal, sal que preserva, sal que purifica, sal que moral y éticamente demuestre que somos hijos de nuestro Santo y Poderoso Dios. La sal también lleva en sí un costo. Muchos años atrás se pagaba a los jornaleros de las haciendas con ciertas medidas de sal, de allí viene nuestro denominado «salario mensual». La sal que somos nosotros, sus discípulos misioneros, tuvo un costo muy alto: la preciosa sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Tenemos dentro de nosotros una identidad de preservación, ésta debe ser buena y muy valiosa. Pero no solamente poseemos un significado de pureza y preservación, sino que llevamos en nosotros otro elemento importante.

Tenemos una Única Identidad de Expansión Misionera.

El texto dice: «si la sal se vuelve insípida», es decir, si pierde su identidad, «ya no sirve para nada» (Mateo 5:13 NVI). Aquí no estamos hablando de salvación, estamos hablando de perder el privilegio de hacer lo que Cristo mandó en Mateo 28:19,20. Cuando interferimos en la cualidad expansiva del Evangelio, estorbamos la identidad misionera que Dios le ha dado al cristiano. La sal que somos nosotros, no puede perder su identidad encerrándonos «en grandes saleros». El objetivo de la iglesia es expandirse y si no lo hace, pierde lastimosamente toda la identidad que Dios le incorporó. No podemos encerrar la visión, no podemos quedarnos presos en una visión localista de nuestro barrio o de la cuadra en donde se encuentra el templo. Si lo hacemos, estaremos perdiendo nuestro sabor y el Señor es categórico al decir: «no sirve más para nada».

Dice Neal Pirolo en su libro, *Sirviendo al enviar obreros*, que en los Estados Unidos se gastan anualmente 4 millones de dólares en templos, de forma simpática dice el escritor: «... si me dieran ese dinero para misiones, todo lo que podríamos hacer al enviar obreros para servir al Señor...». En términos de porcentajes se dice que si unimos todas las construcciones que tenemos en nuestras entidades cristianas en Colombia sumaríamos 90.000 Km². Un gigantesco salero que poco a poco puede perder su sabor. Si tengo un gran frasco de sal al lado de un pescado frito y espero que el pescado quede sazonado sólo por estar cerca al frasco, nunca va a recibir la sal necesaria, tampoco puedo esperar a que el pescado salte al frasco. Para asegurarnos que vamos a mantener nuestra característica expansiva y misionera debemos romper algunos paradigmas de nuestros grandes saleros cristianos. Por esta razón, con mucho amor y con firmeza rompamos lo que detiene la real identidad cristiana transcultural para que así podamos ser ...testigos hasta lo último de la tierra...

